

# Difusión de recursos educativos

## Leer o La Fundación Cultural Germán Sánchez Ruipérez

La Fundación Germán Sánchez Ruipérez es una Institución que centra su actividad principal en la promoción del libro y la lectura, extendiendo su labor al desarrollo del español, la mejora educativa y el compromiso con los valores que son el fundamento de las sociedades democráticas.

Desde que en 1985 la fundación inaugura en Salamanca el Centro Internacional del Libro Infantil y Juvenil, el espacio se ha convertido en referencia obligada a la hora de hablar de promoción de la lectura, la formación de adultos interesados en ella y la documentación e investigación propias de dicho campo gracias a amplísimos sopor-tes, tanto en la biblioteca que, en cuanto al fondo es una de las más destacadas del mundo, como en el Centro de Documentación e Investigación, con un espléndido repertorio bibliográfico y documental que incluye fondo histórico y publicaciones periódicas nacionales e internacionales, así como la perfecta adecuación a las nuevas tecnologías.

El Centro también extiende su labor más allá de su propio recinto con un programa de préstamo bibliotecario a escuelas, su labor entre la población infantil y juvenil hospitalizada o su aproximación al área rural a través de un conjunto extenso de actividades de cuyo patronato forman parte como presidente de honor D. Fernando

Lázaro Carreter y el Instituto Cervantes, entre otros.

Por otro lado, la celebración de simposios, congresos y debates, junto a la investigación sobre lectura y hábitos lectores, son actividades prioritarias del Centro de Estudios, Análisis y Debate de la Fundación en Madrid que dirige la prestigiosa investigadora Felicidad Orquín.

La Fundación, además, convoca un Premio Periodístico que, con carácter anual, galardona el mejor artículo que, en torno a la lectura, haya sido publicado en prensa nacional. En su primera edición el premio recayó en el escritor Juan

José Millás, cuyo artículo “Leer” vio la luz en el diario El País y que hoy deseamos reproducir para las páginas de la revista “Educar en el 2000”:

“Estoy leyendo un libro mal encuadernado en el que las últimas palabras de cada línea se pierden en las profundidades del lomo, de manera que para acceder a ellas hay que desviscerar el volumen. Al principio, pensé en devolverlo, pero me he aficionado a hurgar en él como en las interioridades de un centollo. Las palabras rescatadas a los entresijos saben mejor que las que están a simple vista. Parece mentira que hayan





inventado un libro electrónico, que por lo visto imita la textura del papel, y no hayan descubierto un libro que se pueda chupar, como la cabeza de una gamba, para extraerle la masa encefálica. De momento, si encuentra usted un volumen mal encuadernado, lléveselo a casa, arránquele los sesos sin escrúpulos y no dude en metérselos en la boca.

A veces, para acordarnos de que las palabras tienen sabor, conviene poner dificultades entre ellas y nosotros. O leer en un idioma extranjero. Un día, volando en una línea aérea alemana, me puse a hojear la revista de a bordo y lo entendí todo hasta que caí en la cuenta de que no sabía alemán. Ahora que tanta gente se va a estudiar inglés a Londres, hay que reivindicar el don de lenguas, que

consiste justamente en disfrutar de los idiomas con la boca. Si te relajas y no piensas tanto en el significado de las frases como en su sabor, lo comprendes todo sin necesidad de estudiar. Cuando las palabras sean un bien escaso, como el caviar, recuperaremos el asombro de tragárnoslas y de volverlas a la boca, como los rumiantes, para masticarlas por segunda vez. El problema es que comemos palabras a todas horas, todos los días del año.

Los monjes de clausura, que sólo pueden hablar a determinadas horas, usan el alfabeto con avaricia. Cuando los vocablos son caros, se utilizan con más gusto, porque se añora su sabor. Ese niño que balbucea sus primeras palabras asombra a toda la familia, porque en él el vocabulario es

todavía una rareza. Quizá usted no haya tenido ningún libro, pero si tiene la suerte de tropezar con un libro mal cosido, cuyas palabras sea preciso extraer de sus vísceras con la perversidad con que arrebatamos las huevas al salmón, tal vez adquiera o recupere el placer de leer.

Enhorabuena.”

*Artículo publicado en El País el  
15 de Diciembre de 2000*

---

“Un día, volando en una línea aérea alemana, me puse a hojear la revista de a bordo y lo entendí todo hasta que caí en la cuenta de que no sabía alemán.”

---